

## EL FUNDADOR DE LA UNIVERSIDAD DE SANTA FE

Los civilizadores suelen sembrar al voleo, como los labriegos de la Biblia. Su vehículo es el viento, al que confían la semilla de su palabra. ¿A dónde irá ésta? “¿Quién cosechará? ¡Nadie lo sabe cuando siembra!” escribía el Dr. Pellegrini a su ministro López en días azarosos de su presidencia.

Cúmplese hoy el cincuentenario de la fundación de la Universidad de Santa Fe, substituta de la vieja Escuela de Derecho, que la Compañía de Jesús tenía establecida en dicha ciudad y de cuyas aulas salieron los hombres más significativos de la provincia.

Rivadavia esparció su prole espiritual por toda la República. No aró sobre el mar, como se dijo, y Sarmiento — el más vanidoso de los prohombres argentinos — confesó en 1857, al llegar a Buenos Aires las cenizas del prócer, ser el más humilde de sus discípulos. Acaso esta declaración esclarezca y justifique algunos de sus yerros en el desempeño de la función pública. Los gobernantes de su linaje adolecen del sentido de lo inmediato; dirigen su telescopio hacia las galaxias del futuro y al verlos sus contemporáneos en lucha con las nubes y descuidar el plato de lentejas, los abandonan y combaten. Son trabajadores póstumos, como reclamaba Nietzsche para los averiguadores de la verdad. Enlazan las generaciones con las coordenadas de sus atisbos o profecías, y afirman de esta suerte la piedra fundamental de la nacionalidad.

El Dr. José Gálvez, fundador de la Universidad de Santa Fe, fué de esa índole de trabajadores. Merced a ellos el país va salvando las etapas de su evolución sobre andamios sólidos que llevan a la torre.

Ya lo dijo Dunoyer: la riqueza de un pueblo no está en su suelo, sino en sus hombres.

---

Alto, rubio, de ojos azules, abundantes cabellos y poblado bigote, de cutis blanco y sonrosado, la blandura de su voz, de medio tono, era un garfio que sujetaba al oyente. Se lo escuchaba con placer porque era bondadoso y experimentado. Se interesaba por evitar a otros los tropiezos que conocía, faena inútil, desde luego, pero que transparenta un corazón sensible. Sin ser un "dandy" como su amigo Lucio V. Mansilla, vestía con corrección y sus muchos viajes a Europa habíale dado esa desenvoltura de hombre de mundo y de salón que no se alcanza por otros medios. El hombre de biblioteca suele andar con torpeza de miope o de pájaro que tiene el ala quebrada. El que no conoce la ciudad de los libros, aunque ambule por salones y pistas del mundo, no adquiere, tampoco, esa elegancia que sólo proporciona la fusión armónica de estas actividades.

El Dr. Gálvez, fundador en el gobierno de Santa Fe (1886-1890) de la Universidad local y su primer rector, dedicó a esa casa de estudios todas sus esperanzas. El ejemplo no era nuevo entre nosotros. Rivadavia tuvo debilidades por la Universidad porteña. Andando el tiempo, Joaquín V. González amaría a la de La Plata más que a sus libros y Juan B. Terán, si de algo estaba satisfecho al fin de sus días laboriosos, era de la Universidad de su provincia.

Nacido el Dr. Gálvez el 8 de junio de 1851, su cuna fué mecida por los nuevos vientos que anunciaba el "Manifiesto" de Urquiza contra el gobernador Rosas.

Entroncado por su nacimiento con las familias de más limpio abolengo colonial — don Juan de Garay hállase entre

sus mayores — consagró a la “patria chica” todos sus afanes. Podría llamársele con justicia el santafecino por antonomasia.

“Self made man” por temperamento, fué el estatuario de su propia vida. El hombre común se deja modelar por las circunstancias y su existencia resulta asimétrica, como los cantos rodados, que no se emplean para hacer columnas, ni siquiera cariatídes.

En 1873 se recibió de abogado. Tenía 22 años. Edad de Ariel, en que del buen temple de las armas depende la victoria final.

El presidente Sarmiento llevaba cinco años blandiendo como un escudo su programa de vencer a la barbarie con la escuela. Esta prédica de alucinado orientó a los jóvenes del país a buscar en las aulas y no en los cuarteles la solución de nuestros problemas organizadores.

Diez años más tarde el gobernador de Santa Fe, Dr. Zavalla, se encuentra enfermo en cama e impedido de resolver por sí los conflictos que agitan a la provincia. Echa un vistazo entre sus amigos y colaboradores y llama al joven Gálvez.

—¿Qué haría usted ahora — le pregunta — si fuera gobernador?

El interpelado responde con seguridad tal que el Dr. Zavalla, convencido de hallarse ante un colaborador insustituible, lo hace su ministro de Gobierno. Al terminar el período, Gálvez sucede a Zavalla. Desde ese cargo realiza las obras más importantes llevadas a cabo en la provincia. “Con el Dr. Gálvez — dijo una vez D. Juan Alvarez, actual procurador de nuestra Corte Suprema de Justicia — empieza la civilización en Santa Fe”.

El Dr. Carlos F. Gómez — su adversario político — declaró ante su féretro: “. . . Concibió o ejecutó las obras públicas de mayor trascendencia para la riqueza provincial, impulsó en todos los órdenes el progreso de Santa Fe, completó o mejoró su legislación, fundó escuelas y universidades, colonizó y pobló su territorio. Después de la organización nacional, dos gobernantes se destacan en la historia, de Santa Fe por

su preparación, talentos, actividades, energía y concepciones: Oroño y Gálvez”.

El diario “La Capital”, de Rosario, de don Ovidio Lagos, que lo combatió con frecuencia, sentenció en igual circunstancia: “. . . para otros gobernar es firmar; para él fué transformar la provincia, haciéndola prosperar a saltos, contra los principios universalmente conocidos”.

Gálvez se había amamantado en las páginas de Alberdi y siendo un desinteresado auténtico, sin egoísmos personales, todo lo refirió al beneficio de su provincia y del país.

No era orador, de esos duchos en pirotecnia verbal, diestros en juegos malabares con el auxilio de la retórica y con cuyo artificio hechizan la fácil candidez de la barra. Más amigo de las ideas que de los vocablos no fué “leader” en el Parlamento; contentábase con ser un soldado fiel de su causa. Pellegrini, tan parco en brindar su intimidad, lo contó entre los suyos; sabía que Gálvez no era de la familia cometaria, que en política son los hombres que están de manifiesto en tanto actúe la razón o el interés ocasional que los entroniza.

El general Roca, que era un escéptico vitalicio para juzgar a los hombres, sorprendió en Gálvez calidades políticas que no sospechaba.

Un día fué visitado en su casa de campo, en Córdoba, por el político santafecino.

—En seguida vuelvo — dijo a sus íntimos, al leer la tarjeta del visitante —. Seguramente viene a hablarme de su candidatura a la gobernación. Despacharé en el acto a ese “ministrito”.

Habían transcurrido dos horas y el general no volvía al corro; sus más íntimos empezaron a intrigarse.

—Mi amigo, el “ministrito” — informó Roca al volver — es todo un señor ministro. Me ha hablado de escuelas, colonias, puertos, ferrocarriles, puentes y colegios y ni una palabra de su candidatura a gobernador. ¡Es todo un hombre e irá muy lejos!

El vaticinio se cumplió en todas sus partes.

Sus años de ministro lo hicieron más hábil en la primera magistratura provincial. Es una antesala imprescindible que debieran hacer todos los gobernantes. Las águilas no remontan de un solo vuelo la montaña; van deteniéndose en los peñascos.

El 7 de abril de 1898 el Dr. Gálvez entregaba a su sucesor, el doctor Juan M. Cafferata, el gobierno de la provincia de Santa Fe. Un público numeroso asistía al acto y alterando las normas de nuestro medio, demostraba más simpatías por el gobernador saliente que por el que entraba.

El historiador Lassaga, que presencié el acto, refiere que al acercarse, en compañía del obispo del Ecuador, monseñor Marriot, al ex mandatario para saludarlo, acertó a decirle:

—Doctor, ¡así se baja!

—No, mi amigo — le respondió el interpelado —, Esto es subir, no descender y ojalá que todos los gobernantes de la provincia tengan la suerte de bajar entre los brazos del pueblo.

Su gobierno abarcó los años en que la pubertad del país produjo la más brusca de sus apariciones. “Comenzaba entonces — dijo “La Nación” — ese desarrollo violento de todas las fuerzas vitales del país, que había de dar, antes de conducirnos a la catástrofe del 90, una de las más grandes expansiones de la energía nacional. La República entera crecía con una pujanza que excedía todas las previsiones y desconcertaba todos los cálculos. Fué justamente en ese período cuando le tocó actuar al Dr. Gálvez y durante su gobierno la provincia de Santa Fe no hizo más que seguir el ritmo general del país”.



Viudo a los treinta y cinco años, no quiso casarse de nuevo. Reemplazó la ausencia de la compañera con las preocupaciones de los acontecimientos públicos. Una hija suya, casada con un diplomático argentino, movíalo a hacer frecuentes viajes a Europa y en esos periplos acumuló cultura y compren-

sión. Se le consultaba con la certeza de su sinceridad; tuvo la virtud de ser invulnerable a la calumnia y no concedió importancia a sus enemigos.

Roque Sáenz Peña, Victorino de la Plaza, Lorenzo Anadón, Antonio del Pino, Figueroa Alcorta, Benito Villanueva y muchos más, contaban con él en las horas amables y en las difíciles. Anadón sintió por Gálvez un culto fervoroso; compañeros de estudios, soldados en las mismas filas, muchas horas comunes los vincularon para siempre.

Religioso sin austeridades filosas, placiale alternar con dignatarios de la Iglesia, como monseñor Romero y el obispo Gelabert. Narraba con sencillez y colorido sus episodios de viajero, sin omitir las "gaffes" habituales, que se silencian sistemáticamente.

En Oriente creyó ver paisajes del norte argentino; la patria se le aparecía en todas partes y sus problemas agitaban su conciencia. En los Estados Unidos y en Canadá vislumbró una Europa renacida, sin odios esclerosados y con rumbos al desideratum social.

Apasionábalo la futura grandeza argentina, el dinamismo de sus urbes, el oro de sus trigos y sus carnes, pero creía que no terminaba ahí su verdadera prosperidad. El cultivo de la planta humana debía merecer la misma atención de los gobiernos. El alberdiano de la primera hora se superaba. . .

Al renunciar en febrero de 1910 el Dr. Marco Avellaneda, el presidente Figueroa Alcorta ofreció a Gálvez la cartera del Interior. Era éste otro escenario, más rumoroso que de costumbre por las fiestas cívicas que se preparaban. El antiguo magistrado provincial no se cohibió. En el Senado Nacional había tenido por colegas a los primeros hombres de la República. Los vientos y el vértigo de la altura le eran familiares. También las luchas políticas en el llano. Presidente de la Coalición Nacional, que mucho significó en su hora como aspiración democrática, bregó por la lista de candidatos que encabezaba el ingeniero Emilio Mitre.

La muerte vino a buscarlo tres meses después de nues-

tro gran Centenario. Nunca había estado enfermo y cerró los ojos oyendo aún las dianas triunfales. Debió sentirse feliz; el país vestía con elegancia su traje nuevo de gran nación y todo hacía pensar que la prosperidad estaba asegurada para siempre.

Tuvo la fortuna de morir con sus ilusiones intactas, sin contemplar el derrumbe que trajo la gran guerra, ni los tiempos sombríos que vivimos.

Carlos Rodríguez Larreta, ministro de Relaciones Exteriores, habló en su tumba. Antonio del Pino, el intendente Güiraldes, Manuel Carlés y otros dijeron su palabra justiciera.

Vidas así, deben recordarse a los jóvenes del presente, tan faltos de estímulos superiores. A ellos, más que a nosotros, interesa recuperar el tesoro espiritual del mundo.

AGUSTIN RIVERO ASTENGO

